II. *REFLEXIÓN SISTEMÁTICA*

## 7. Itinerario Espiritual y Etapas de la Vida

1. EL ITINERARIO ESPIRITUAL

*Bibliografía general*: Ch. Bernard, *Teología espiritual*, 465ss; F. Ruiz Salvador, *Caminos del Espíritu*, 454ss; Y.M. Congar, *Las tres edades de la vida espiritual*, en: *Los caminos del Dios vivo*, Barcelona, Estella, 1964, 371-383;S. de Fiores, art. “Itinerario espiritual”, en: NDE 999-1021; Garrido, *Proceso humano y Gracia de Dios*, 486-510; R. Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*. Preludio de la del cielo, Buenos Aires, Dedebec, 1944, 2t; A. Grün, *La mitad de la vida como tarea espiritual*. La crisis de los 40-50 años, Madrid, Narcea, 1993, 5ed; R. Guardini, *Las etapas de la vida*, Madrid, Palabra, 1998;H.J.M. Nouwen, *Tres etapas en la vida espiritual.* Un proceso de búsqueda, Madrid, PPC, 1997, 3ed.

1.1. *El concepto de “itinerario espiritual”*

Actualmente, la noción de *itinerario espiritual* tiende a reemplazar la doctrina tradicional de los *grados o vías* en la vida espiritual[[1]](#footnote-1), para acentuar más el aspecto dinámico del camino espiritual. De todos modos, el segundo de los conceptos también requiere una aclaración, tanto en función del propio crecimiento personal como del acompañamiento de otros, y para la comprensión de los autores espirituales.

# Introducción

El caminar es una experiencia primordial, que permite al hombre liberarse de un determinado lugar y alcanzar nuevas áreas y metas. La función motriz ambulatoria fundamenta el simbolismo del caminar humano en el orden físico, psíquico y espiritual: la persona humana es itinerante, *homo viator* –según la expresión de Gabriel Marcel–, siempre en camino hacia el logro de su plenitud. Esta visión dinámica de la humanidad ha madurado bajo el influjo de ciertas corrientes contemporáneas como el historicismo, el evolucionismo y el existencialismo.[[2]](#footnote-2)

En su aplicación a la vida espiritual, la idea de *itinerario* subraya según Bernard la dimensión de crecimiento. El progreso en el camino espiritual es constante, pero no lineal, dada la presencia del pecado: incluye momentos de plenitud, de estancamiento y de retroceso. Ruiz Salvador, por su parte, amplía el *sentido de las crisis* dentro del progreso. Según él, las crisis son experiencias de “ruptura”, sea por no fidelidad o por fidelidad al crecimiento y a la vocación; aunque parezca que destruyan el progreso, son las que permiten avanzar en él, siempre que sean asumidas libremente y con sabiduría.

 *La doctrina de las “vías o grados”. Historia y valoración actual*

El itinerario del creyente, expresado en el Nuevo Testamento en términos de *vida*, comprende una triple fase: la inicial, constituida por el nacimiento en Cristo mediante el bautismo; la del crecimiento o progresiva maduración como tarea de toda la existencia terrena, y la final, cuando sea completo y definitivo el triunfo de la vida. Los escritores de espiritualidad, desde la edad patrística hasta hoy, encarnaron en su propio contexto cultural los datos bíblicos sobre la vida espiritual, acentuando alguno de sus aspectos y concretando sus etapas y sus metas.

La división tripartita de la vida espiritual aparece ya en Evagrio Póntico (+ hacia el 400) con la clasificación en tres fases: *praxis, contemplación, teología*. Sin embargo, en Occidente encuentra mayor fortuna la distinción que se remonta al Pseudo-Dionisio (s. V-VI), de actividad *purgativa, iluminativa y unitiva*, así como la que nos transmite santo Tomás (+ 1274), que habla de *incipientes, proficientes y perfectos*. Los dos esquemas del Areopagita y del Aquinate se funden en las tres *vías* que adoptan y propagan los manuales de nuestros días: a) la vía purgativa o de los incipientes atañe a la purificación del alma y la lucha contra el pecado; b) la vía iluminativa o de los proficientes consiste en la práctica positiva de las virtudes; c) la vía unitiva o de los perfectos es la vida mística de unión con Dios.

# Breve caracterización de las tres vías

* *incipientes*: es la etapa del inicio de la vida interior, exige decisión y conversión al interior y a la oración; su fin es la purificación. El proceso es acompañado por una búsqueda de un mayor de conocimiento de sí y aparece una dificultad que es la percepción de los obstáculos y el desánimo. En cuanto a la oración, es sobre todo mental-discursiva; el modo de oración que más conviene a los principiantes es la meditación, ya que el “discurrir con el entendimiento” aprovecha la estructura natural humana.
* *avanzados*: la iluminación es más intensa y se peca menos. Es muy importante en este estadio el fervor de espíritu que previene contra la mediocridad. El fin es la conformación con Cristo y un medio propicio es la abnegación y la humildad crecientes.
* *perfectos*: son aquellos que poseen de modo estable las condiciones para progresar; en esta vía se encuentran los santos heroicos y los que no lo son tanto:

Entre los perfectos se suelen distinguir dos grados: a. La consumación plena de la caridad o la caridad heroica, como la que suele exigir la Iglesia para la beatificación de los siervos de Dios, y que Benedicto XIV, después de confrontar las diversas definiciones de los teólogos, define de este modo: ‘La virtud cristiana, para ser heroica, debe hacer que el que la posee actúe fácilmente, con prontitud y con gusto, de un modo superior al ordinario, por un fin sobrenatural, sin razonamientos humanos, con abnegación y sumisión de los movimientos de la afectividad’ (*De servorum Dei beatificatione* III c.22, n. 1). Se puede añadir de esta descripción lo siguiente: la heroicidad debe resplandecer hasta tal punto que el siervo de Dios pueda ser propuesto como ejemplo a los demás cristianos que vivan en las mismas condiciones. b. Una perfección de la caridad menos plena y resplandeciente, pero verdadera y suficiente para que el alma no pueda ser enumerada ya entre los simples avanzados, en cuanto que ha conseguido tal grado de abnegación y de recogimiento que es habitualmente dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo y la caridad domina toda su vida, excepto alguna infidelidad que se debe a su fragilidad.[[3]](#footnote-3)

1.2. *Hacia un planteamiento actual del itinerario espiritual*

# Valoración de la doctrina de las “vías o grados”

Sin abandonar totalmente las etapas, Ruiz Salvador prefiere subrayar más el *dinamismo* del progreso espiritual y los criterios a tener en cuenta son: la oración, el servicio de caridad, y la muerte-resurrección. El autor distingue:

* *los principios*: entre ellos se destaca la conversión o “segunda conversión”, junto a la importancia de su radicalidad. La iniciación requiere fe y caridad frente a Dios, sentido y concreción de la oración, el servicio; como cruz, aparece la dificultad de ver los defectos reales, pero se va avanzando hacia una mayor delicadeza de conciencia.
* *noches e iluminación*: en esta etapa se hace notar la cruz, la noche y la ruptura interior. La clave está en no multiplicar los ejercicios ni buscar nuevas formas, sino en negarse a sí mismo. La tarea es dejar hacer a Dios.
* *santidad hecha*: es don y obra de Dios, no de uno. En este estadio se da un *pleno dinamismo*: no es un punto de llegada, es “santidad in fieri”; es la fase hecha para amar. Se percibe en los santos esta actividad por Dios y por la Iglesia. La plenitud personal que de aquí brota se manifiesta como un “estar en el centro”, una concentración de energías, y una unidad de la persona.

La doctrina de los *grados o vías* ofrece ventajas de orden práctico: diagnóstico, soluciones, aprovechar de la experiencia de otros; pero no siempre se verifica la sucesión temporal de las mismas. Su valor universal reside, más bien, en el hecho de que la caridad perfecta siempre supone una purificación perfecta. Como alternativa a esta forma de entender el progreso interior no se han dado muchas sugerencias, pero se pueden mencionar tres: 1. revalorizar la presencia e importancia de las crisis; 2. respetar el movimiento-proceso de la etapa de santidad; 3. orientar más teologalmente las etapas.

*Exigencias y desafíos del tiempo presente*

De Fiores sostiene que la visión presentada en los tratados de ascética y mística de nuestro siglo plantea dificultades para quien quiere insertarse en los esquemas evolutivos que proponen, en gran medida por la antropología y la dimensión individual que los orienta. Teniendo en cuenta los desafíos de la época actual, el autor aporta *algunas exigencias* para un planteo actual del itinerario espiritual:

A) El sentido marcado de la personalidad humana como algo original e irrepetible elimina en principio los esquemas demasiado concretos, que no tienen en cuenta los diversos ritmos de maduración. El itinerario espiritual tendrá que ser orientador y capaz de compaginarse con la variedad de recorridos personales.

B) La asunción concreta de la condición humana histórica y de sus compromisos de liberación y promoción rechaza un camino orientado exclusivamente hacia la práctica del culto separadamente de la vida social. Las exigencias del tiempo presente exigen superar toda tendencia a la reducción del itinerario cristiano al ámbito de lo privado.

C) El despertar de la conciencia eclesial y la valoración de la vida comunitaria se oponen al establecimiento de un itinerario espiritual orientado en forma individual a la salvación y perfección del alma. El camino espiritual ha de plantearse en el marco de una eclesiología de comunión, de diálogo entre los estados de vida, y en el ámbito de las relaciones interpersonales.

D) La afirmación de las ciencias psico-sociológicas hace necesaria la confrontación entre la maduración humana y la del cristiano, en particular respecto a los dinamismos fundamentales de afirmación de sí mismo y de amor, de diferenciación y de integración, de declive y de crecimiento. El itinerario espiritual no puede verse como una subida gradual y armónica, ya que no está exento de las contradicciones y las crisis propias de todo camino humano.

Las exigencias mencionadas muestran la complejidad del itinerario espiritual que hay que proponer actualmente: el crecimiento interior se realiza en medio de una “encrucijada de caminos” –el de la historia, el litúrgico-eclesial y el personal irrepetible–. Como imagen sintética que destaca la totalidad del progreso interior, Ruiz Salvador sugiere la idea de una espiral en la que convergen dos trayectorias: una fuerza que impulsa hacia delante y hacia arriba, en un movimiento irreversible, aunque con altibajos.

Según señala De Fiores, una de las aportaciones modernas más importantes a las vías tradicionales es haber señalado la *dinámica del ciclo* que se repite en ellas con intensidad distinta. Esta dinámica consiste normalmente en la serie iniciación – plenitud – crisis – paso a una nueva síntesis unitaria, y está sacada de la vida y de la historia que son fenómenos esencialmente evolutivos. Las edades de la vida humana, desde el nacimiento hasta la infancia, la juventud, la madurez y la ancianidad, ponen de manifiesto la validez del proceso evolutivo indicado.

*Tres momentos o etapas evolutivas*

Conforme a estas orientaciones, el itinerario cristiano resulta escalonado en tres momentos o ciclos evolutivos[[4]](#footnote-4):

1. La Iniciación Cristiana: como en otras religiones, también en la cristiana hay ritos y procesos educativos que tienen como finalidad la introducción del individuo en la comunidad y de ayudarle a descubrir su lugar y su misión dentro de ella. En este sentido, habla precisamente una de las instituciones más antiguas de la Iglesia: el catecumenado. Más que la lucha contra el pecado y la mortificación, típicas de la vida purgativa, la iniciación supone los siguientes compromisos: a) *la adquisición de una mentalidad creyente* como fruto de la conversión y del bautismo, y a través del encuentro con la Palabra y la vida de oración; b) *la toma de conciencia de las exigencias bautismales*, ya que el bautismo constituye el germen primordial de la vida cristiana y el punto de partida para una opción de vida cristiana; c) *la inserción activa en la comunidad eclesial*, dado el carácter comunitario de la salvación cristiana y de las mediaciones que la Iglesia ofrece para el camino espiritual; d) *la integración de la fe cristiana en la vida cotidiana*, porque en unidad con los gestos del culto se ha de poner en obras el misterio que se cree y se celebra, tanto a nivel personal como en el ámbito de la comunidad y de la sociedad.

2. La Maduración Espiritual: una vez que el cristiano se ha fortalecido en la vida de fe, marcha hacia la etapa de la madurez y hacia formas de compromiso más integradas e integradoras. Esta etapa se caracteriza por una armonía más profunda de la personalidad, por una posesión más firme y consciente de la verdad, y por una mayor capacidad de libertad y de amor cristiano. Entre los aspectos distintivos, se pueden señalar: a) *el crecimiento en la libertad de los hijos de Dios*, que supone el desarrollo y la conformación de la identidad de los hijos de Dios; b) *el cultivo de una fe sólida y personal*, cuyo prototipo y modelo singular es María, y que se orienta a un seguimiento entregado a la persona de Jesús; c) *la capacidad del discernimiento espiritual*, que supone saber percibir las voces del Espíritu, para descubrir la voluntad de Dios en la propia vida y saber interpretar “los signos de los tiempos”; d) *el desarrollo de las relaciones personales y sociales, de modo creativo y constructivo*[[5]](#footnote-5), ya que la madurez cristiana se expresa en el paso de un amor posesivo y egoísta hacia una caridad abierta al otro y en disponibilidad para estar a su servicio.

3. La Unificación Mística: alcanzada una cierta madurez relativa, el cristiano no puede autocomplacerse y permanecer en el equilibrio logrado, sino que debe seguir creciendo. Lo mismo que en la dimensión biopsicológica, en el plano espiritual es la fase de las crisis más profundas y desconcertantes: se produce la toma de conciencia de los propios límites y de la disminución de las fuerzas, y el paso a la nueva etapa supone disposición a atravesar lo monótono, a renovar los compromisos asumidos, a aceptar los fracasos y recuperarlos creativamente en nuevas formas de compromiso con Dios. Lo que aparece como fruto de esta transformación es una síntesis vital mayor y más plena. Esta fase se puede describir, en atención a la conformación de una personalidad religiosa madura[[6]](#footnote-6), a partir de los siguientes aspectos: a) *“impresión de vivir una vida más amplia y profunda”*, que va acompañada de dos sentimientos: el no poseerse sino estar expropiado en manos de Dios, y el recibir “como de otro” los pensamientos y emociones que no son percibidas como propias; b) *“sentido de continuidad entre Dios y la propia vida”*, al modo que lo dice Pablo “...es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20), y que expresa la obra de transformación y plenificación realizada por Dios en uno; c) *creciente libertad confiada y desatención de sí mismo*, porque el amor proyecta a la persona hacia fuera de sí, desplazando su centro vital definitivamente hacia Dios y hacia los otros; d) *desplazamiento del centro afectivo emotivo hacia sentimientos de amor y de armonía con la realidad*, lo cual supone un progreso ascenso en el espíritu de “los sentimientos de Cristo” (Fil 2,5), y su correspondiente armonización o reconciliación en el plano interior y exterior.

1. En términos generales, Bernard considera los tres grados y se pregunta por su validez en relación con la vida y la dirección espiritual; mientras que Ruíz Salvador insiste en el camino personal de cada uno, teniendo en cuenta ciertas leyes o puntos de convergencia. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. De Fiores, art. “Itinerario espiritual”, en: NDE 1000-1002. [↑](#footnote-ref-2)
3. Guibert, *Teología spiritualis*, n 357;cita tomada de Bernard, *Teología espiritual*, 480-481. [↑](#footnote-ref-3)
4. Se presenta a continuación una síntesis de lo desarrollado por De Fiores en el art. “Itinerario espiritual”, 1013ss. La relación entre las edades de la vida espiritual y las de la vida corporal, como señala Garrigou-Lagrange, es un tema clásico, cf. *Las tres edades*, 273ss. [↑](#footnote-ref-4)
5. En su obra *Las tres etapas de la vida espiritual*, Nouwen desarrolla el crecimiento cristiano desde el núcleo relacional: consigo mismo, con los demás seres humanos y con Dios. [↑](#footnote-ref-5)
6. En este punto, la síntesis asumida por De Fiores sigue el aporte de W. James, *The varieties of religious experience*, cf.. NDE 1021, n 65. [↑](#footnote-ref-6)